

MEG DONOHUE

*La mejor
manera
de comerte
un cupcake*

Meg Donohue

LA MEJOR MANERA DE
COMERTE UN CUPCAKE

Traducción de
María Enguix Tercero

temas de hoy. TH NOVELA

ÍNDICE

JUNIO

15

I

Annie

17

II

Julia

41

JULIO

67

III

Annie

69

IV

Julia

89

V

Annie

95

VI
Julia
103

AGOSTO

115

VII
Annie
117

VIII
Julia
123

IX
Annie
135

X
Julia
147

SEPTIEMBRE

157

XI
Annie
159

XII
Julia
171

XIII
Annie
181

OCTUBRE

189

XIV
Julia
191

XV
Annie
207

XVI
Julia
215

XVII
Annie
221

NOVIEMBRE

239

XVIII
Julia
241

XIX
Annie
245

DICIEMBRE

251

XX

Julia

253

XXI

Annie

269

XXII

Julia

289

XXIII

Annie

299

XXIV

Julia

307

ENERO

315

XXV

Annie

317

XXVI

Julia

323

XXVII

Annie

333

XXVIII

Julia

339

XXIX

Annie

345

XXX

Julia

359

MAYO

367

XXXI

Annie

369

XXXII

Julia

379

Agradecimientos

383

I

ANNIE

La gente a menudo presupone que no soy de fiar. Yo lo atribuyo a que tal vez soy más creativa de la cuenta, llevo la ropa tiznada de harina y no soy gestora de fondos de alto riesgo, empresaria punto com o abogada. Ah, y tengo el pelo rizado, cosa que me tacha de persona impredecible, imagino. Según parece, el pelo es el nuevo espejo del alma.

Pero, claro, nadie usa la palabra *informal* para describirme. En su lugar sueltan sintagmas coquetos del tipo *libre de espíritu* o *de mente independiente*; lo cual, traducido, significa que me toman por una de esas chicas veleidosas, temerarias y de pocas luces que llegan cuarenta minutos tarde a todo, si es que llegan. Esta acusación no podría distar más de la realidad. Cuando digo que voy a hacer algo, lo hago, muchas gracias. Cuando digo que estaré ahí, estaré ahí a la hora.

Ahora bien, cuando me planté en el centro del patio empedrado de los St. Clair, ante su mansión descomunal, admito que por un instante pensé en girar sobre mis talones y volverme por donde había venido.

Lo irónico es que, apenas diez años antes, yo había estado

exactamente en ese mismo sitio memorizando cada soberbio centímetro de la propiedad de los St. Clair —lo más parecido a un hogar que tuve en mi infancia, hogar de la mejor y la peor amiga que he conocido nunca— antes de irme para siempre, o eso creí. Sin embargo, aquí estaba otra vez. Comprendí que largarme sin haber entrado siquiera en la casa habría sido irme con las orejas gachas. Además, le había dado mi palabra a Lolly St. Clair. Me costó un momento decidir si debía acceder a la casa por la puerta lateral de la cocina, la que mi madre y yo habíamos usado siempre, o por la doble puerta principal, reservada a las visitas. Mientras dudaba, el aroma fuerte y reconfortante de los *cupcakes* de limón Meyer me llegaba desde la caja que llevaba en la mano. Como me había prometido solemnemente que nunca dejaría que los *cupcakes* se rieran de mí, me erguí todo lo que mi metro sesenta me permitía y me dirigí a la entrada principal.

Una criada de cara larga, pelo negro rigurosamente peinado con la raya al medio y labios fruncidos abrió la puerta. Lolly St. Clair no aprobaba que el servicio se maquillara, pero esta criada llevaba dos capas perceptibles de colorete marrón en las mejillas, lo que pronunciaba la severidad de su rostro. Era obvio que la habían contratado solo para la fiesta. Intuyendo el torrente de desprecio propio de Lolly que caería inexorablemente sobre la mujer, sentí algo de lástima por ella. ¿O era solidaridad?

—Hola —dije—. Soy Annie Quintana.

Mi presencia pareció desconcertarla. Me miró de hito en hito, moviendo deprisa las pestañas cubiertas de rímel, y por fin reparó en la caja que llevaba en la mano.

—Oh —dijo—. Ha venido con los *cupcakes*.

—Así es. He venido con los *cupcakes*. Me han traído de acompañante. ¡Soy una chica con suerte! —dije soltando una risita.

La criada me miró perpleja durante un momento insoportablemente largo.

—Sígame —dijo por fin.

La seguí por el amplísimo vestíbulo de los St. Clair con sus relucientes suelos de mármol. El frenético y colorido cuadro de Jackson Pollock que yo recordaba bien —y que luego estudié en California— seguía colgado encima de la lujosa banqueta marrón almohadillada donde tantas veces me había sentado de pequeña. Dos sinuosas escaleras gemelas de caoba eran bañadas por el sol del atardecer de San Francisco que entraba a raudales por un tragaluz redondo ubicado dos pisos más arriba. Si el vestíbulo servía de indicio, nada había cambiado en la casa de los St. Clair durante la última década. No era sorprendente. Evelyn y Thaddeus St. Clair —Lolly y Tad para los íntimos— eran dos bastiones de las altas esferas sociales de San Francisco, y firmes en su buen gusto. Aquello era como entrar en un túnel del tiempo. Casi esperaba alzar la vista y ver a Julia St. Clair sonriéndome de oreja a oreja desde lo alto de las escaleras, con su uniforme escolar confeccionado con un corte digno de la alta costura y la música nasal a la tirolesa de la cantante Jewel desbordándose por los auriculares de su *discman*. Por fortuna, era imposible. Julia, al igual que yo, tenía ahora veintiocho años, y su falda escocesa del centro privado de Devon era historia. Lo último que supe de ella es que vivía en Nueva York y era vicepresidenta de una empresa de capital de riesgo. «Justo lo que la cuenta bancaria de Julia St. Clair necesita —pensé cuando la noticia de su puesto altisonante corrió

por un embudo de correos electrónicos y aterrizó con un pequeño “clonc” parpadeante en mi bandeja de entrada—: Unos cuantos ceros más.»

Mientras la criada me conducía a la cocina, Lolly St. Clair se materializó ante mí, y sus esbeltos brazos revestidos de Chanel me envolvieron en un abrazo asombrosamente fuerte. Si yo había aumentado algo de peso en los últimos diez años, Lolly parecía haber perdido la misma cantidad de su complejión ya delgada. La noté frágil en mis brazos, huesuda como un pájaro. Un pájaro diminuto, cacareante, inusitadamente fuerte.

—¡Oh, gracias a Dios que eres tú! —me gritó al oído—. Casi me da un ataque cuando he oído la puerta. Seguro que no has olvidado que las visitas anticipadas son recibidas como la peste en esta casa.

Antes de darme la ocasión de toserle en el pelo a modo de amenaza, Lolly me separó de ella una brazada con las uñas clavadas en mis hombros. Sus ojos azul claro recorrían mi cara. Le devolví la mirada fija, pero para identificar algún cambio en ella habría sido necesaria una lupa. A sus sesenta y un años, resplandecía con una belleza de figurín a lo Faye Dunaway, el pelo teñido y peinado en una perfecta melena rubio platino que le caía por la nuca. Gracias, sin duda, a los esfuerzos de un cirujano muy diestro, su piel era luminosa y tersa, y no había sucumbido al aspecto de trucha metida en un túnel de viento característico de tantas mujeres de su edad.

Tras terminar su inspección, Lolly volvió a acercarme a ella.

—Hola, mi cielo —dijo pausadamente—. Mi pequeña y adorable Annie.

Yo estaba decidida a no caer en la red de recuerdos que su voz desencadenó en mi cabeza, por eso miré por encima de su hombro hacia la cocina. Error. De inmediato, mi cuerpo se tensó. Probablemente, yo había supuesto que los St. Clair habrían cambiado algo la cocina —al menos la cocina— por respeto a mi madre, por no caer en la tristeza o en el remordimiento, o sencillamente para rehuir asociaciones mórbidas. Pero todo estaba igual: la encimera de granito de color arena, vetada con las intrincadas venas doradas que mis dedos habían recorrido innumerables veces; los hornos apilados donde Julia y yo calentábamos *pizzas* en las fiestas de pijamas con una pandilla de amigas del colegio; la ventana grande y rectangular que enmarcaba, como una postal de cuento, las vistas de la espumosa bahía y el majestuoso puente Golden Gate que hacía que mi corazón latiese con más fuerza cada vez que lo contemplaba.

Home. La palabra taladraba mis pensamientos como un dardo envenenado. ¿Existe acaso una palabra más compleja en inglés? Tanto significado implícito en una sola sílaba... En español, solo existe una palabra para *home* y *house*: casa. Pero a nosotros, los angloparlantes, nos encanta complicar las cosas. Mis ojos se posaron un instante en la isla de cocina de mármol blanco donde mi madre había pasado tanto tiempo años atrás. Intenté con todas mis fuerzas no mirar al suelo, donde habían encontrado a mi madre.

—Bueno —dije zafándome de los brazos de Lolly por segunda vez—, veo que este sitio está dejado de la mano de Dios.

Lolly soltó una carcajada meneando el dedo.

—Y yo veo que tú no has cambiado nada. Me está costan-

do mucho no preguntarte si has estudiado para tu examen de historia, jovencita.

—Adelante —dije mientras se ganaba mi simpatía. Incluso con sus pequeñas uñas afiladas, Lolly no era tan terrible—; la respuesta será la misma.

Lolly mandó a la criada, que resultó ser mucho menos arisca en su presencia, traer el resto de las cajas de *cupcakes* del coche que mi amiga Becca me había prestado. De hecho, fue Becca la que me convenció de que aceptase la oferta de Lolly de preparar los postres para su fiesta benéfica Save the Children. «¿Estás loca? —farfulló cuando le dije que pensaba rechazar la oferta—. ¿Piensa en todos esos ricachones que van a comerse tus *cupcakes*! ¿Vas a desaprovechar esta oportunidad para qué? ¿Para hacer tu millonésimo cruasán en Valencia Street Bakery? ¿Para pasear a otro chucho por Dolores Park y recoger bolsas de caca?» Bien mirado, era un argumento convincente. De manera que aquí estaba, de vuelta a la casa de los St. Clair como personal contratado. El diamante del tamaño de un caramelo de Lolly no era nada comparado con la espina que yo llevaba clavada ese día.

Lo cierto, como yo ya sabía, era que Lolly podía haber elegido a cualquier pastelero de San Francisco. Organizaba eventos suntuosos al menos una vez al mes; en su agenda telefónica abundaban proveedores de *catering*, organizadores de fiestas y entidades sin fines de lucro dignos de sus veladas recaudatorias. Sin embargo, se había puesto en contacto conmigo una y otra vez a lo largo de los años, mediante correos electrónicos con propuestas precisas y a veces con mensajes de voz cortos, pese a mis raras respuestas. No era que ella me disgustase, pero había pasado buena parte de mi vida intentando

desentenderme del mundo de los St. Clair. Conocía demasiado bien a Lolly como para saber que era la típica persona a la que le das la mano y acaba tomándote el brazo. No obstante, cuando se las arregló para descubrir que yo trabajaba de jefa pastelera en un cafetín de Mission —un barrio de herencia latina por el que yo dudaba mucho que Lolly hubiese pasado jamás; ni hablemos ya de que se hubiese quedado en él a cenar—, tuve que rendirme a la tenacidad de la mujer.

—¡Mis favoritos! —exclamó al abrir la caja de *cupcakes* que la criada había dejado en la encimera—. Es increíble que te hayas acordado. Limón. Qué alivio. Me daba un poquito de miedo que trajeses uno de esos sabores «modernos». Ya es malo que sirva *cupcakes* a personas adultas. No te ofendas, Annie, cariño, porque hacen furor, ¿verdad? Pero si hubieses traído uno de esos sabores ridículos como mojito o wasabi, no sé qué habría hecho. Si quisiera probar la lavanda, me echaría ambientador en la lengua. —Lolly hizo un mohín de asco en la medida en que su estirada cara se lo permitía—. A veces me temo que el mundo entero se ha olvidado de lo deliciosa que puede ser la sutileza. Gracias a Dios que existen los clásicos. —Hizo una pausa—. ¿Es...? —dudó mientras me estudiaba—. ¿Es la receta de tu madre?

—Sí, pero de memoria. Nunca encontré su libro de recetas. —Volví a mirar la isla de cocina en medio de la estancia—. De hecho, había pensado en echar un vistazo ya que estoy aquí, por si lo encuentro. Eso si no te importa que una pastelera sin blanca husmee entre tu vajilla de plata fina.

—Supongo que podemos hacer una excepción por esta vez. Nunca dejamos que nadie entrase en la antigua cochera después de... —La voz de Lolly se apagó. Examinó sus uñas

nacaradas, intentando reponerse. Cuando alzó la vista, la ola de emoción que había cruzado momentáneamente su rostro se había disipado. Respiró hondo por la nariz, el pecho hinchado bajo su blusa de color estaño. La imaginé mirándose en el espejo cada mañana y pensando: «¿Cejas impecablemente perfiladas? Listas. ¿Pómulos esculturales? Oh, sí. ¿Sonrisa todoterreno? Sin duda. Ahora, vamos a salvar a algún niño».

—En fin, la verdad es que no nos hacía falta el servicio en casa una vez que vosotras ingresasteis en el colegio —prosiguió—. Ahora solo quedamos Tad y yo remoloneando en esta casa grande y vieja.

Intenté reprimir la sonrisa. Es posible que Lolly y Tad ya no tuviesen empleados internos en la finca, pero habría apostado mi mejor receta de *cupcake* a que seguían rodeados de muchas manos en todo momento. A fin de cuentas, durante casi veinte años esas manos habían sido las de mi madre.

Cuando tenía dieciséis años, embarazada y repudiada por su familia fervientemente católica, mi madre, Lucía Quintana, cambió Ecuador por el sofá de un primo en South San Francisco, donde permaneció hasta el día en que la familia St. Clair la contrató como niñera. Aunque conocía los detalles de su historia tan bien como la receta de la masa básica para pasteles, todavía hoy me cuesta entenderlo. ¿Cómo pudo mi madre, menuda y adolescente, con una barriga que empezaba a tensarle la camisa, reunir el valor suficiente para dejar atrás toda su vida y viajar en una red de autobuses miles de kilómetros a una ciudad nueva donde solo conocía a una persona?

Gracias a un programa social, terminó sentada en el borde de un lujoso sofá de color nácar en el vestíbulo más imponente que había visto nunca. Haciendo uso de las nociones de in-

glés que había pescado limpiando casas los dos años anteriores, explicó a Lolly St. Clair que tenía una hija, Anita, de la misma edad que su Julia. El que tuviera una hija resultó ser un plus a ojos de Lolly; debido a que el parto tuvo complicaciones, Julia iba a ser la única hija de los St. Clair, así que Lolly pensó que a Julia le vendría bien crecer con una compañera de juegos. Aunque yo había escuchado esta versión de la historia muchas veces a lo largo de los años, conocía a Lolly lo suficiente como para saber que sus motivos no habían sido completamente egoístas. Pese a las apariencias, Lolly se ablandaba con los necesitados. ¿Y quién más necesitada que una soltera inmigrante y en paro con un bebé en brazos? No mucho después de la entrevista, mi madre y yo nos trasladamos a la casa de la cochera propiedad de los St. Clair en Pacific Heights. Hasta el día en que mi madre murió, ninguna de las dos vivió en otro lugar.

* * *

Cuando hube colocado seis docenas de *cupcakes* en las blancas bandejas de Limoges que Lolly había dispuesto, admiré mi obra. Lolly había acertado al preguntarse por mis preferencias culinarias. Para mí no había nada mejor que un *cupcake* con un toque divertido. Me gustaban las parejas atrevidas de ingredientes frescos recubiertas de capas glaseadas decadentes y a la antigua; el bizcocho de pera orgánica y té chai coronado con crema de vainilla y jengibre era uno de mis favoritos. Pero como Lolly St. Clair tenía un gusto más clásico, para su fiesta preparé un surtido de *cupcakes* con sabores ligeros de limón Meyer, vainilla y moca. Los *cupcakes* eran más

pequeños que mis creaciones usuales de gran tamaño, y los rematé con una fina crema glaseada sobre la que puse apetitosos pajarillos y mariposas *fondant* que yo misma moldeé a mano. Los *cupcakes* tenían, en una palabra, una pinta exquisita. Pero ¿cómo sabían? En dos palabras: absolutamente deliciosos.

Lolly insistió en que me uniese a la fiesta, no sin antes valorar en silencio mi ropa de pies a cabeza. Una antigua rabia me hervía por dentro mientras ella calibraba con recelo las piezas de mi conjunto: camisola violeta por la rodilla, *leggings* negros, brazalete turquesa grueso, aros dorados, melena negra rizada, siempre indomable, suelta. Al menos había superado mis típicas adquisiciones en tiendas de segunda mano. «Exacto —pensé sacando barbilla y buscando su mirada directamente—: No encajo.» Pese al hilo de mis pensamientos desafiantes, durante la evaluación de Lolly le di vueltas al brazalete de mi muñeca con ansiedad.

El orgullo me obligó a volver a cruzar el vestíbulo y unirme a la fiesta. A esa hora, el amplio salón formal de los St. Clair estaba animado con el frufrú de los vestidos de seda, el tintineo de las copas de cristal rellenas de oro líquido del valle de Napa y el trajín de los camareros con uniformes negros. Todos los asistentes tenían un aspecto perfecto: tonificados, bronceados y con dentaduras inmaculadas. Por lo visto, había un dentista en Palm Springs que ofrecía un blanqueado especial junto a la piscina, y nadie se había molestado en decírmelo. Me sentía como si deambulase por un terreno de adultos ricos que acababan de pasar de un día de actividades acuáticas ligeramente enérgicas a la cantina, salvo que en vez de canoas había yates y en vez de una cantina había una sala enorme ati-

borrada de cortinas de terciopelo y lámparas de araña y con unas vistas multimillonarias.

«Pero ¿esta gente come de verdad?», me pregunté lamentando la sola idea de que las bandejas de *cupcakes* apenas mordisqueados terminasen en bolsas de basura al final de la noche. Cuando me ofrecieron una copa de vino, la acepté agradecida y me fui derecha a una de las tres puertas de cristal que daban a un patio de pizarra enorme.

Estábamos a finales de junio, justo después del día más largo del año; para un atardecer en San Francisco había una claridad y hacía un calor extraordinarios. Ni siquiera habían encendido todavía las lámparas de calor del patio. De nuevo, la vista: la bahía reluciente; el puente de color mandarina; el sol que empezaba a teñir el cielo con una sombra increíble de melocotón Melba sobre la ladera verde grisácea de los eucaliptos de Presidio. Al sur, la cárcel isleña de Alcatraz emergía sombría del agua; me pregunté si su visión haría sudar un poco a algún criminal de guante blanco residente en Pacific Heights que estuviese degustando su martini de las cinco. Sofocando una sonrisa, me incliné sobre el borde de la barandilla, embriagada por la panorámica, y apuré de un trago mi copa de vino.

—¡Annie! Eres tú, ¿verdad?

Esa voz. Me volví. Ante mí, Julia St. Clair. Alta y esbelta, se había cortado la rubia melena lacia y brillante, que le caía a pico y terminaba recta sobre sus hombros, dándole un aspecto sofisticado y vagamente parisino. Su cara, bajo el estiloso peinado, conservaba la misma hermosa placidez de siempre.

—¡Julia! —dije notando que se tensaban mis pantorrillas.

Era algo que me ocurría cuando estaba ansiosa, como si mi cuerpo, al que solo le pedía que echase a correr cuando llegaba tarde al autobús, recurriese a la huida por instinto biológico. «Estar cerca de esta mujer —parecían advertirme mis piernas— ¡reduce tus posibilidades de supervivencia!»

Julia me abrazó envolviéndome con su aroma a pétalos de rosa.

—Pareces sorprendida. ¿No te ha dicho mi madre que vendría a la fiesta?

—No —dije fríamente—. No me ha dicho nada.

Julia no captó el tono de mi voz o prefirió ignorarlo.

—Curioso. Pues estoy viviendo en casa ahora. Temporalmente, para ser precisa. —Sonrió mirando el diamante en su mano izquierda—. Estoy prometida. No podía soportar la idea de planear una boda en California desde Nueva York, así que he venido. Nos casaremos en la viña esta primavera.

En realidad Lolly sí que había mencionado que Julia estaba prometida. Su novio se llamaba Wesley no sé qué, un lumbreira de Silicon Valley. Lo que Lolly no había dicho es que Julia había vuelto a San Francisco. «¡Astuta mujer! —pensé—. Qué digo: maquiavélica.» A cada cual, su mérito.

—Felicidades —dije con voz neutra, aunque se me había secado la lengua. Ver a Julia me devolvió a una época en la que los rumores habían zumbado a mi alrededor con la densidad de una nube de moscas—. Esas son muy buenas noticias.

—Lo sé, gracias. Dios, Annie, ¿cuánto tiempo ha pasado? ¿Diez años? Imagino que desde... —titubeó, y yo no acudí a su rescate, disfrutando de la inesperada fisura en su confianza. Pero luego se apartó el pelo hacia atrás y consiguió terminar la frase—. Desde el funeral de tu madre.

—Así es.

Guardamos silencio durante un momento largo, ambas con la vista fija en la bahía.

—La echo de menos —dijo Julia.

Alcé la vista bruscamente. Había algo lastimero en su voz, una callada desesperación que, presentí, se debía a algo más que a la muerte de mi madre. Julia St. Clair siempre había tenido el tipo de belleza clásica, serena, que casi pedía a gritos ser estudiada, e intenté ver a mi amiga de otros tiempos con los ojos de una extraña. Sus rasgos eran comedidos, menos acentuados que los de su madre, más bonitos que glamurosos; tenía la mirada de alguien que nunca había conocido menos de ocho horas de sueño, que abría los ojos cada mañana al aroma de las lilas y el café *latte*, que se arropaba con una manta de cachemira cuando volaba en primera clase a Roma, lo cual sucedía a menudo. Su nariz era patricia, larga y fina, pero no demasiado larga ni demasiado fina; su piel, una sombra inmaculada de crema que ningún grano había estropeado jamás. A sus veintiocho años, no había trazos de arrugas incipientes en torno a sus rosados labios o a sus claros ojos azules, pero yo sabía la cantidad de veces que había hecho reír a Julia cuando éramos pequeñas; una carcajada fuerte, contagiosa, que abría en su rostro sereno una sonrisa inesperadamente torcida, la de un gato con su presa entre los dientes.

Por supuesto, eso era cuando todavía me importaba hacer feliz a Julia, antes de comprender que la persona que soltaba aquellas carcajadas era una joven manipuladora, embustera y cruel que intentaba a toda costa arruinarme la vida.

—En fin —dijo Julia volviéndose hacia mí—. Me alegro mucho de volver a verte. —La forma en que pronunció estas

palabras —con sinceridad y sorpresa a partes iguales, como si le costara mucho creérselas— me dio dentera. Vaciló, una sombra cruzó su rostro y pareció a punto de decir algo más. Pero entonces, justo cuando una cucharada de curiosidad se estaba mezclando en el mejunje complejo y bastante tóxico de mis sentimientos hacia Julia, nos interrumpió la voz de aquel hombre que, érase una vez en el tiempo, había asestado uno de los primeros golpes fatales a nuestra amistad.

—¡Pero miren quién está aquí! —oí que decían a mi espalda—. Si me hubiesen dicho que este guateque iba a reunir a las chicas más guapas de Devon, habría venido mucho antes.

Si esta frase la hubiera pronunciado otra persona, habría sonado zalamera, pero viniendo de Jake Logan —Jake Logan el de los ojos azul verdosos, la sonrisa juguetona que revelaba el ligerísimo hueco entre sus dientes frontales y los hoyuelos absolutamente adorables—, la frase me hizo sentir como (aunque resulta embarazoso, no puedo describirlo de otra manera) un cachorro en el más puro deleite. Lo sé, lo sé: adular a un hombre adulto con hoyuelos es todo un cliché. ¿Y? ¡Me ha llamado guapa! También podría haber meneado el rabo y haberme revolcado panza arriba en el suelo.

¿Cómo era posible que diez años después de terminar el instituto siguiera prendada de Jake Logan? Era uno de esos chicos que, a buen seguro, se salvó por un año o dos de un diagnóstico de trastorno por déficit de atención, porque siempre saltaba de una actividad a otra; resultaba perspicaz y talentoso por naturaleza en casi todo y, aunque sin llegar a resultar odioso, era muy consciente de su encanto. Ahora que lo tenía delante, no parecía haber cambiado desde la adolescencia; quizá un pelín más ancho de pecho y hombros, con

un pelín más de aplomo en su actitud desenfadada y una mirada más firme. Pero los hombres siempre envejecen tan bien que da rabia, ¿verdad?

Mi estómago dio un vuelco un pelín mayor. ¿Por qué narices había decidido ponerme esa estúpida camisola violeta? Julia, cómo no, llevaba un vestido azul marino corto sin tirantes que, dada la confianza natural que desprendía, bien podría haber sido un uniforme de *hockey* sobre hierba. «Segundo asalto: Julia», pensé. Jake Logan, al fin y al cabo, era el exnovio de Julia. El escenario, por completo surrealista, pedía a gritos más vino. Cogí otra copa de la bandeja de un camarero que pasaba por allí y me asombró ver que Julia hacía lo mismo. Julia nunca había sido una gran bebedora en el instituto, aunque entonces éramos menores, claro. Aunque no es que a mí aquello me frenara.

—¡No puedo creerme que mi madre siga incluyéndote en su lista de invitados después de aquella gala del Young Museum, cuando te emborrachaste tanto que acabaste en la fuente de champán! —le dijo Julia a Jake riendo mientras le tocaba la manga.

—Por favor —susurró Jake—. ¡Me estás desenmascarando delante de Annie! Hace siglos que no me ve. Hay un resquicio de esperanza de que piense que he crecido y que ahora soy una persona responsable.

—Ni por asomo, Jake Logan. Te tengo calado —dije. Miré intencionadamente sus pies—. Nadie que lleve sandalias con un traje ha crecido y es responsable. ¿Un mercachifle de tablas de surf para agentes financieros? Puede. ¿Responsable? Me temo que no.

Jake rio. Entonces vi que la piel en torno a sus ojos azul

verdosos se arrugaba de una manera nueva. Sus hoyuelos brillaban a través de una barba castaña clara de dos días que nunca podría haberse dejado crecer en el instituto. En cualquier caso, los cambios lo hacían más atractivo.

—*Touché*. Toma nota, Jake: deshazte del traje. —Entrechocó ligeramente su copa contra la mía—. Bueno, señorita Quintana, aparte de bajar los humos a hombres presumidos, ¿qué has estado haciendo en estos últimos diez años?

Un momento. ¿Era posible que Jake Logan estuviese coqueteando conmigo? Antes de que tuviese ocasión de responder, Julia intervino.

—Annie es jefa pastelera. —Se volvió hacia mí—. De lo mejorcito. Ya he probado uno de tus *cupcakes*, el de limón: es verano puro. ¿Te acuerdas de cuando tenías siete años y lo que más te apetecía del mundo era un *cupcake*? No pensabas en la paz mundial, o la economía, o, no sé, la vida... Solo querías algo delicioso y especial y casero. ¿Te acuerdas?

«Ya tenemos el tercer asalto», pensé mientras el viento barría el patio.

—Estoy seguro de que lo que más me apetecía a mí era tener una serpiente, pero igual son cosas de chicos —dijo Jake. Su mirada risueña se rezagó un momento en Julia, lo que me hizo preguntarme si seguía sintiendo algo por ella. Luego me miró a mí, y por un segundo me beneficié de toda la calidez que se había concentrado en sus ojos al mirar a Julia—. Entonces estos *cupcakes* son... ¿ecuatorianos? —preguntó.

Increíble, se acordaba del país de mi madre. Al evocar las escasas interacciones que se habían producido entre Jake y yo en el instituto, lo primero que afloró en mi mente fue el amargo recuerdo de su mirada desdeñosa mientras yo me dirigía

humillada al despacho del director, casi al final de aquel último curso devastador en Devon. Antes de aquello, imagino que alguna vez sintió un interés benévolo hacia mí, aunque no lo bastante fuerte como para arriesgarse a romper filas con los que llevaban la voz cantante en Devon. Solo hice un par de amigas en el instituto: Jody, la poeta con un acné espantoso y una tendencia a murmurar «definitivamente, esto va para mi colección» cada vez que los compañeros de clase se mofaban de sus comentarios raritos y en exceso entusiastas; y Penélope, la pianista penosamente tímida cuyo rostro cobraba una semejanza notable con la carne picada cada vez que un profesor le hacía una pregunta. Pues sí, ahí estábamos, las dos artistillas y yo intentando capear el temporal durante todos aquellos años. No obstante, cuando los rumores sobre mí se desataron, Jody y Penélope tampoco se arriesgaron a juntarse conmigo, y lo cierto es que no las culpo. Aquel año, la soledad le plantó cara a mi sentido del humor.

—No exactamente —repuse—. No es que me haya inspirado en una gran tradición ecuatoriana, pero supongo que lo llevo en los genes. Mi madre era una gran pastelera.

—O sea, que es cosa de familia. Y ahora eres jefa pastelera.

—Bueno, hago lo posible por evitar las etiquetas —dije—. De hecho, soy literalmente la «evitadora» de etiquetas más consumada que hayas conocido en tu vida. Pero si me llamas pastelera, los entendidos mirarán para otro lado. Preparo postres y desayunos para Valencia Street Bakery en Mission. Un antro. Y saco a pasear a los perros de otros. No debemos olvidar a los perros.

—Nunca —dijo Jake solemnemente.

—Estás siendo demasiado modesta —intervino Julia—.

Estos *cupcakes*..., en serio, son deliciosos. Estoy muy impresionada.

La miré y guardé silencio durante un momento antes de decir de mala gana:

—Gracias.

Me costaba encajar la amabilidad aparente de Julia. Si había advertido lo extraño que era que los tres estuviésemos charlando como viejos amigos felizmente reunidos, desde luego fingía bien. ¿En serio no se acordaba de lo que me había hecho? ¿De cómo se había portado conmigo antes de la muerte de mi madre? ¿De cómo sus actos habían cambiado el curso de mi vida y emponzoñado de forma irreparable mi relación con mi madre? ¿De lo que me había dicho en el funeral? Sacudí la cabeza, enfadada por estar haciendo un refrito de los sucesos de aquel año después de lo mucho que me había costado relegarlos al pasado, y me excusé con todo el tacto de que era capaz una mujer bajita con dos buenas copas de vino corriéndole por las venas. Casi había llegado al salón cuando oí la risa de Julia, un sonido fuerte, coqueto, artificial, flotando en el aire caliente de la noche. Miré hacia atrás. Su mano tocaba el brazo de Jake, sus frentes estaban a escasos centímetros de distancia. «Demasiado cerca para una mujer que está felizmente prometida», pensé mientras me volvía hacia la salida, decidida, una vez más, a que esta fuera la última vez que me dejaba arrastrar al tramposo mundo de los St. Clair.

* * *

La cochera baja y de estuco de los St. Clair situada al frente de la propiedad quedaba a ras de la acera y hacía de línea de

defensa entre los transeúntes y la mansión. Un garaje y una *porte-cochère* con verja conformaban la mitad inferior de la cochera; la planta superior albergaba el apartamento de dos habitaciones donde mi madre y yo habíamos vivido muchos años. Cuando dejé la mansión y su fiesta aún concurrida a mi espalda, cuando sentí los adoquines desiguales del patio bajo mis pies y subí aquellos escalones familiares hasta el piso de la cochera, una sensación vertiginosa de *déjà vu* me arrolló. Encontré la llave en el sitio de siempre, debajo de un pato de piedra junto a la puerta, y la deslicé en la cerradura. Al entrar, encendí las luces y contuve la respiración.

Contemplar mi antiguo vestíbulo fue como recibir un puñetazo en el estómago. Tampoco aquí, como en la mansión, habían cambiado nada. Cogí una fotografía enmarcada de la mesa junto al sofá. Mi madre, con sus ojos marrón oscuro rebosantes de dicha, estaba en cuclillas con una versión menuda de mí en un brazo y una versión retozona de Julia en el otro. Casi podía olerla: azúcar y vainilla calientes con una pizca de algo cítrico y ácido, como la lima. Dejé la fotografía con cuidado en el mismo sitio e intenté con todas mis fuerzas mantener los pies firmes en el presente.

¿Dónde se habría metido el libro de recetas? La última vez que lo busqué fue el día del funeral de mi madre y, con los años, llegué a preguntarme si la niebla cegadora de la pena no me habría impedido encontrarlo. «Quizá —pensé—, solo quizá, se me escapó con las prisas por largarme de esta casa para siempre.» Cada vez que Lolly se había puesto en contacto conmigo durante la última década, una parte de mí había deseado que fuese porque había encontrado el libro. Sin embargo, Lolly nunca lo mencionó.

El libro de mi madre era algo más que un espacio en el que recopilaba sus recetas favoritas. Como pastelera y chef consumada, el libro habría sido precioso para mí aunque no incluyese nada más que eso. Sin embargo, yo sabía que mi madre lo había usado también como diario, un espacio donde plasmar sus pensamientos del día, sobre su hija y sobre la familia por la que se tomaba tantos sinceros cuidados. Yo tenía grabada en la memoria la imagen de mi madre inclinada sobre el libro todas las noches, cubriendo a bolígrafo las páginas de una escritura cuidadosa y fluida, el pelo negro cayéndole en la cara como una cortina de privacidad. Supongo que, en cierto modo, no haber encontrado el libro entonces fue un alivio; yo no estaba realmente preparada para leer los pensamientos privados de mi madre tan poco tiempo después de su muerte. ¿No habría sido eso traicionar su confianza? ¿Pero aquellas recetas! ¿Los merengues, las empanadas dulces, los flanes de coco de mi juventud! Había intentado recrearlos, pero sin el libro los postres que resultaban eran pálidas imitaciones de las creaciones que mi madre había conseguido con tanta precisión, paciencia y amor.

Por este motivo, al cabo de dos años renuncié a recrear sus recetas y decidí reinventar. Tras su muerte, empecé a hacer pasteles en la universidad; y no, no hizo falta que ningún terapeuta me dijese que aquello era un mecanismo de afrontamiento, una forma de sentirme más cerca de mi madre. En cuanto comprendí que nunca sería capaz de recrear con exactitud sus especialidades, al menos no sin tener sus recetas, decidí interpretar mi recuerdo de aquellos postres con un toque moderno. Los pasteles que recreé hicieron que me sintiera cerca de mi madre, pero también más lejos que nunca de ella.

Yo no tenía familia. Nunca conocí a mi padre, no tenía hermanos, y el primo que acogió a mi madre en South San Francisco había regresado a Ecuador hacía años. Si al menos hubiese podido probar una vez más, aunque fueran dos bocados, el merengue de fruta de la pasión de mi madre, me habría sentido un poco menos sola.

El estante junto a los fogones de la casita de la cochera todavía albergaba algunos libros de cocina —*La dicha de cocinar, Dominar el arte de la cocina francesa*—, pero no había ni rastro de su libro de recetas. Abrí hasta el último cajón y armario de la cocina, e incluso miré en el frigorífico. Suspiré, apoyada sobre la estrecha encimera de azulejos, antes de reunir el valor de recorrer el pasillo hasta el antiguo dormitorio de mi madre.

La cama estaba hecha, con sábanas blancas y frescas, como si mi madre fuese a volver en cualquier momento y necesitase un espacio limpio donde descansar el cuerpo rendido tras una dura jornada de trabajo. El armario estaba vacío. Después del funeral, me quedé con algunas de sus prendas y le dije a Lolly que podía donar el resto a su causa favorita del momento. Las mesitas de noche también estaban vacías. Me agaché para mirar debajo de la cama cuando oí que corría agua de un grifo de la cocina.

—¿Hola? —llamé volviendo al pasillo.

Allí, llenando un vaso de agua en la pila, estaba Curtis, el antiguo chófer de los St. Clair, su manitas, su factótum. Para cualquier cosa que necesitases, Curtis, fuerte, silencioso, corpulento y cumplidor, era tu hombre. Había envejecido mucho desde la última vez que lo había visto. En la cincuentena, la edad arrugaba su frente colorada; sus ojos eran más oscuros

y estaban más hundidos de lo que recordaba, un gris tosco había cubierto casi por completo su pelo castaño. «Mamá también tendría algunas canas si hubiese rebasado la edad madura de sus treinta y cuatro años.» Antes de darme cuenta, me había arrojado en brazos de Curtis y había hundido la cara en su amplio pecho.

—Annie —suspiró dándome torpes golpecitos en la espalda—. Me pareció ver que entraba alguien y pensé que serían figuraciones mías. Me has dado un susto de muerte.

Me aparté de él.

—Soy yo, Curtis, la pequeña de siempre —dije secándome los ojos—. No soy el Fantasma de las Empanadas Pasadas.

Curtis se encogió de hombros con timidez.

—¿Qué haces en casa de los St. Clair? Ha pasado mucho tiempo.

—Oh, bueno, pues aumentando los niveles de azúcar de Lolly y compañía; por los viejos tiempos. Se me ocurrió buscar el libro de recetas de mi madre ya que estaba aquí. ¿No lo habrás visto tú? ¿Negro, encuadernado en piel, muy astuto en el arte del camuflaje?

Curtis negó con la cabeza.

—Lo siento.

—No pasa nada. Sobreviviré. —Mientras decía estas palabras, advertí mi gran decepción. Hasta ese preciso momento, no había asimilado que mi decisión de abastecer la fiesta de los St. Clair iba ligada a la esperanza, a la expectación incluso, de encontrar ese libro.

Curtis me acompañó al coche de Becca. Me alegró cruzar la puerta de los St. Clair con él a mi lado. Me sentí protegida de las emociones hirientes de las horas previas. De todas las

personas de mi pasado a las que había visto esa noche, me alegraba sobre todo verlo a él. A fin de cuentas, era uno de nosotros; o sería más preciso decir que yo siempre me había sentido uno de ellos: el servicio. Por un lado estaban los St. Clair: Lolly, Tad y Julia. Por otro, el servicio: mi madre, Curtis y un pequeño ejército de empleados domésticos. Y después estaba yo, atrapada en medio, asistiendo a colegios privados de élite con Julia y viviendo en la cochera con mi madre. Cuando llegó la hora de elegir uno de los bandos, supe enseguida que siempre tendría más en común con las Lucías y los Curtis del mundo que con los St. Clair.

Una vez en el coche, cuando Curtis se despidió de mí con un abrazo, me pareció atisbar una lagrimita en sus ojos, por lo general estoicos. «Jesús —pensé—, ¿qué pasa hoy, que todo el mundo se echa a llorar?»

—Nos vemos por aquí, Annie —dijo con voz ronca, y se despidió con la mano mientras yo bajaba la ventanilla y encendía los faros del coche.

«No si puedo evitarlo», pensé. Pero le di una palmadita en la mano y le sonreí antes de salir a la calle y poner rumbo a mi pisito de Mission. Pienso que ya entonces, en la fresca oscuridad del coche, aislada del creciente estrépito de la ciudad que me rodeaba, mientras me deslizaba por las tranquilas mansiones de Pacific Heights, recorriendo los brutales proyectos urbanísticos de Western Addition, hasta los bares y restaurantes todavía bulliciosos de Mission, adiviné que volvería. Que no resultaría tan fácil escapar de la garra de los St. Clair una segunda vez.